

Murcia: Un mes . . . UNA peseta.

Resto de España un trimestre 3 50 Id.

Precio de la venta

5 céntimos ejemplar y 25, 75 céntimos

REDACCION Y OFICINA:

SELGAS, 4.—MURCIA

El Demócrata

DIARIO DE LA TARDE

Año II

MURCIA.-Viernes 20 de Septiembre de 1907

Núm. 329

MA LA TÁCTICA

Poco favor nos hacen los franceses al suponerlos incapaces de protestar de las monstruosas tonterías que nos atribuyen; pero ese poco, como si aún fuese demasiado, comienzan á rebajarlo, hablando de nosotros con franqueza semejante, que más parece que tienen ganas de habérselas con nosotros que no de tenernos por acompañantes. No pasa día sin que una inexactitud, una imbecilidad venga á sorprendernos en nuestra vida ordinaria, sorprendiendo en nuestra reputación de hidalgos. A pesar de que por formalidad, porque no se diga que dejamos incumplida la palabra dada en Algeciras, vamos con ellos por caminos bastantes reprensibles, se muestran indignados porque no hacemos todo lo que quisieran, metiéndonos en complicaciones internacionales que acabarían de desacreditarnos, y sucede que los elogios se convierten en censuras y las censuras en sarcasmos que hieren dolorosamente.

Cuantas aclaraciones se han hecho probando que el pacto de Algeciras ha dejado de cumplirse en muchos puntos, cometiendo sensibles extralimitaciones, sólo han servido para que los franceses nos miren por encima del hombro, juzgándonos remolones ó cobardes. Ni una sola vez, no obstante la fama que se dan de nobles é hidalgos, han pensado que bien pudiera ser repugnancia á dar nuestro nombre en barbaridades que aún cometidas por salvajes nos horrorizarían, indignándonos. Ellos, atentos sólo al fin, no reparan en los medios, y si estos se apartan de los procedimientos honrados y nobles de las demás naciones, si se vuelven indignos de países cultos, si sobrepasan en barbarie á los mismos cafres ¡tanto mejor! Así concluirá más pronto esa guerra de civilización! Francia, como Inglaterra, no tiene inconveniente en que le demuestren su salvajismo con tal de conseguir sus propósitos.

Más ya que ellos van á su fin por los medios que le parecen oportunos, aunque sean vandálicos, debían no extrañarse ni protestar de que seamos más humanitarios que ellos. España, exceptuando su buen nombre, no tiene otra cosa; Francia, sí, y poco pueden importarle que llamen las atrocidades que comete en Marruecos por su nombre verdadero. El día en que nosotros perdamos hasta el honrado nombre que conservamos religiosamente, ¿qué nos restará? Nada absolutamente. No prestándonos hoy á autorizar con nuestro nombre las salvajadas que comete el ejército de la civilización, cumplimos como debemos, aunque rabien, griten y pataleen los bizzros franceses.

En varias ocasiones, con elocuencia que debe agradarnos, hemos visto que los marroquíes no quieren nada con nosotros, pasando por frente al campamento español en actitud amistosa. Si eso hubiese ocurrido una vez se prestaría á mil comentarios, pudiendo nacer la duda; pero dos, tres, cuatro veces seguidas son muchas casualidades. No hay duda tampoco de que los franceses, viendo el mismo amistoso respeto, se han indignado, por si rehusáramos seguir la empresa; y para obligarnos, espoleando nuestro orgullo, han comenzado la campaña de arterias que hoy siguen, sin comprender que esos espoleos pueden producir quizás un conflicto lamentable.

PLUMAZOS

Ingratitud obligada.

Por más que nos esforcamos en decir lo contrario en punto donde podemos ser oídos, la civilización no nos entusiasma ya poco ni mucho. La buena señora de los progresos lentos, se nos ha atragantado con su taifa de absurdas cargas y ridículas exigencias, y de nada valen los esfuerzos que hacemos para restablecerlo en el aprecio anterior. Poco á poco hasta perdemos el recuerdo de haber gozado de sus placerosos bienes. Con la ingratitude característica en los que nacieron para no ser ingratos, pero que lo fueron por inteligencia, nos olvidamos de esa dulce cosilla europeística que ha hecho rabiar á más de un buen padre de alma apegado á las rancias costumbres del tiempo viejo, y que ha hermosado á la mujer por virtud de un diminuto corsé bien apretado á la cintura y no tan severo en las partes circundantes.

El cansancio es en parte principalísima el

motivo de la desusada rebelión. Demasiado apegado á las costumbres modernas para modernizarnos de distinta manera de como lo estamos, aborrecemos lo duradero por entender que ello nos roba un tiempo precioso para nuestros asuntos.

Hablar de civilización años y años seguidos, como si no pudiera uno civilizarse por entero en tres meses si á ello se está decidido, nos parece el mayor de los desatinos, además de un insulto por demás castigable. Para nosotros está fuera de dudas de que una cosa se puede hacer tan bien en un día como rematadamente mal en un siglo.

Añádase á ello las cargas originarias del empeño civilizador. No gustándonos como no nos gustan las aventuras, apenas si concebimos que los altruistas nos hayan hecho donación de su divina sapiencia para apoderarse de nuestras cabezas. Allí donde hay gentes decididas á no aceptar las modernas teorías allí las empleamos en forma de poderosos cañones y de formidables acorazados. La civilización, admirable de todo punto, enseña á los indigentes en ella á destrozarse con toda la caballerosidad necesaria en casos tales. La manera bárbara de dirimir una contienda peleando brazo á brazo y puñal contra puñal, queda poco menos que anulada por la culla y nueva de destrozarse al descuido enemigo desde una distancia respetable y sin peligro para el victorioso. Y esto de manera alguna no conviene. Los rompedores de cabezas, cosas fastidiosas, no pueden encajar en la civilización; y si encajan es que aquello no es todo lo bueno que fuera de desear, ni todo lo aceptable para que la acojamos jubilosamente.

Enhorabuena que por obra y gracia de la sapiencia de grandes hombres las mujeres se ciñan más la cintura haciendo resaltar de clíves y redondeces para gusto y deleite de la vista si no son posibles más grandes consecuciones, ó que se recojan extremadamente las faldas marcando los salientes de las piernas... pero más exigencias... No por que los hombres no tengamos nada que hacer resaltar se nos va á obligar á perder la cabeza tontamente. Por más que se nos tache de ingratos, no queremos que se nos mire como á gentes desprovistas de sentido común.

NAZARIN.

DIORAMA MADRILEÑO

Belleza y fealdad

Si á juzgar fuésemos por la tranquilidad de las autoridades podría creerse que vivimos en el mejor de los mundos posibles, en un país donde el propio Pangloss se admiraría del optimismo reinante. Para estos buenos hombres, elevados á la categoría de personajes por deshonestidades de la fortuna, todo cuanto sucede, sea de la índole que fuere, resulta la esencia de lo justo, la depuración de lo admirablemente equitativo. Nuestras autoridades no demuestran que lo son más que en solemnidades importantes, cuando el cargo dá cierto lustre á la persona y la permite figurar al par de otras que lo son por talento y merecimientos, no por condescendencias amistosas de la política.

El pasmo admirativo que les producen los sucesos, el asombro sorprendente que les causan los acontecimientos diarios, dándonos idea de las condiciones que tienen para ocupar dignamente los puestos en que están, revelan con luz meridiana lo que pone de su parte la política para dejar complacidos y satisfechos los deseos de personajes que han llegado á ser nombrados cometiendo ilegalidades en elecciones y dándole patadas á la justicia siempre que se trató de amparar á un correligionario ó de aliviar su situación.

Los madrileños, á pesar de los ditirambos que se cantan en loor de nuestra felicidad, no las tenemos todas con nosotros, porque aquí los absurdos se producen con mayor y más lamentable frecuencia, dejándonos en situación poco agradable y con la protesta siempre en los labios. Es natural que como la población es grande existan cuatro veces más mejoras que en otra capital cualquiera del reino; pero también, como resulta lógico, el vicio, la criminalidad y las injusticias son cuatro veces mayores, quedándonos, dentro de la comparación y de los términos prudenciales, á la misma altura, con la agravante de que aquí se dispone ó se debe de disponer de mayores medios para progresar. Cuantas personas repasan los grandes

periódicos madrileños, á poco que se fijen verán la exactitud de estas observaciones, hijas de muchos años de experiencia. Si se compara una estadística madrileña de sucesos delictivos cometidos en un año con otra de cuatro poblaciones distintas en el mismo lapso de tiempo, en el resultado se verá que nosotros salimos gananciosos en casi una tercera parte, es decir, que Madrid, como capital más propensa á la delincuencia, sobrepaja á las demás capitales en más del número de delitos cometidos en una sola.

Las bellezas que se cuentan de la vida costesana, hasta cierto punto, tienen razón de ser; pero se comete la injusticia y la ridiculez de ocultar misteriosamente los crímenes del hampa, los deslices de la gente iletrada, las extralimitaciones plebeyas, y sucede que la realidad, pillándonos de sorpresa, nos admira, nos indigna y nos revuelve el estómago, produciéndonos un malestar tan grande que sólo para hablar mal de la vida madrileña tenemos boca.

Dentro del malestar ambiente, confesado sinceramente, se vive tan bien ó mejor que en otra capital extranjera; pero no por eso ha de ocultarse que existe el vicio, que no es más que una enfermedad peligrosa.

París, con sus cincuenta crímenes, con sus trescientos robos, con sus sesenta incendios, con sus seiscientos atropellos diarios, asqueando el estómago, nos produce ira; mas en seguida se recuerda que es París, y triunfa, porque de cualquier modo, hágase como se hiciese, la belleza tendrá siempre su lado feo.

En Madrid tendremos momentos de indignación, mas justo es confesar que también los tenemos de satisfacción. Únicamente, por activa y por pasiva, de cualquier modo, quiénes nos molestan son las autoridades, incapaces para gobernar un mísero vilorio.

¡Si estas desaparecieran de Madrid!...

HÉCTOR DE CASTRO.

Madrid.

DESILUSIÓN

Pobre avecilla en el vergel nacida, bajo el cielo andaluz, que fué mi cielo, quiso á otros valles extender su vuelo y otra tierra pisar desconocida.

Voló por raudos vientos impelida, cumplido se miró su ardiente anhelo, pero al mirarme sobre extraño suelo lloró su valle y la ilusión perdida.

Yo también como el ave su enamada, dejé el calor de mi amoroso nido, corriendo en pos de la visión soñada.

Y hoy de aquella ilusión arrependido, lloro ausente mi patria idolatrada, mi cielo azul y mi vergel florido.

NARCISO DIAZ DE ESCOBAR.

Información especial

IMPRESIONES DE UN BUZO

Un francés, buzo, que se ocupaba ahora en los trabajos de compostura de Sully, ha contado á un reporter sus impresiones profesionales, que son de mucho interés.

Un buzo no puede descender sin peligro de su vida mas de 50 metros; y el fondo de los abisnos marinos mide de 1.200 á 14.000 metros! Algunos buzos han conseguido hasta 100 metros, mediante aparatos primitivos, menos cómodos que los modernos y que hoy no se pueden adoptar para hacer trabajos, aunque sirven muy bien para penetrar en profundidades del mar con fines científicos solamente.

La primera impresión que se siente al bajar al abismo de los mares, se parece á la que se experimenta, descendiendo á una mina. A los tres metros de profundidad se halla un buen número de medusas, que, por efecto de óptica en las aguas, parecen grandisimas y como no se tiene la sensación de la pared protectora de cristal que defiende al buzo, parece que aquellas masas van á dar de pronto en su cara. Mas abajo se encuentra gran cantidad de peceritos luminosos. En el Atlántico á 50 metros se atraviesan masas de hierbas que enredan por todas partes y constituyen un peligro para el descenso ó el ascenso; que pueden dificultar mucho, porque se adhieren y aumentan el peso del buzo y de su aparato.

Más allá de los 50 metros se hallan tiburones de un metro ó mas, á veces menos, de largo, y muchos delínes, que van y vienen y chocan contra el buzo con mucha violencia.

Esto es poco agradable; en primer lugar, por el efecto de la óptica parece que hay que habérselas con monstruos colosales; después, dado lo fuerte del choque, podría romperse el vidrio, aunque es grueso, diez centímetros, y en este caso la muerte sería inmediata.

Los que constituyen mayor peligro para el buzo son los pulpos, que lo envuelven con sus tentáculos muy violentamente y sólo abandonan su presa al contacto del hierro. Después, los cangrejos, porque los hay hasta de un metro de diámetro y tres de largo, y están formidablemente armados.

Poco variada es la fauna hasta esta profundidad y las deformaciones de los peces son poco sensibles; sólo después de los 4.000 metros cambian de aspecto; constituidos como están para resistir presiones enormes dotados de ojos desmesurados para recoger las más débiles filtraciones de la luz á través del agua en tan profundas abismos y provistos de bocas que parecen espantosas cavernas.

Estos monstruos que no es posible sacar vivos del seno del Océano, porque con la disminución de la presión aumenta su volumen y cuando aparecen en la superficie son cuatro veces mayores que en su estado normal, son todos carnívoros y sirven de tumba á los naufragos. Caídos estos al mar, siguen bajando, pues la densidad del agua continúa la misma con cortas diferencias y luego son aplastados, deshechos, por la presión de la gran masa de aguas.

Uno de los fenómenos que más impresionan en los descensos al mar es el cambio de luz, que toma un color mixto entre el verde y el violeta, en un ambiente fantástico. A los 30 metros ya la luz es difusa, el sol no aparece sino como un globo rojo y suave; pero ¡cosa curiosa! cuando se tiene encima ó al lado un grupo de rocas que hacen sombra, se ven las estrellas en medio del día.

En el canal de la Mancha, á medio día, el buzo que esto refiere, ha visto un espectáculo inolvidable á 40 metros de profundidad; el sol estaba en el cenit, el fondo que el buzo pisaba era de arena blanca y el efecto de la luz le daba el aspecto del oro derretido.

Cuenta que cerca de Ostende se había hundido hacia poco un barco; bajó el buzo y se vió atacado por un ejército de grandes cangrejos que roían los cadáveres de los naufragos. Uno se le agarró, y le hubiera triturado una pierna, si no la hubiera llevado cubierta de acero. El tenía en la mano una especie de sable, y pudo así matar dos cangrejos, cuyos caparazones conserva todavía. El buzo se llama De Pinvy.

Ha observado que el mar conserva los cuerpos durante cierto tiempo. Vió, por ejemplo, los restos de un buque que había naufragado durante la noche. La tripulación dormía en el momento del naufragio, y sin transición había pasado del sueño á la muerte.

Los peces no habían tocado á los naufragos que estaban protegidos aún por el casco del buque, parecían seguir durmiendo. Se acercó De Pinvy, tocó uno de los cuerpos y la carne se deshizo y se disolvió inmediatamente como polvo, no quedó más que el esqueleto.

Nunca se sabrá los millones que están sepultados en las aguas. Los tesoros de los galeones de Vigo, según De Pinvy, no podrán ser extraídos porque desde 1707 los herrajes se han corroído y aunque se pudieran remover los cajones, probablemente se desharían.

Pero dice que ha visto el barco que en 1808 llevaba á Holanda el tesoro de Napoleón y que se fué á pique con 100 millones de francos en oro, de los cuales ya se han extraído 56; menos mal. El príncipe de Mónaco afirma que cerca de Chipre existe aún una galería en el fondo llena de objetos de este.

En fin, el reinado de los submarinos se acerca; entonces, quien sabe si no habrá vapores de paseos por el misterioso reino de Nepluno, que nos conduzcan á las ignoradas grutas donde viven seres nunca imaginados... y donde duermen los infelices mancebos de las baladas americanas que arrastró el hada de las pupilas azules, envuelto en su cabellera de algas verdes.

El conflicto de Marruecos

Lo que dice Joaquín Costa

—«Pienso que tampoco esta vez sucederá mucho más de lo que ya ha sucedido, y que todo se arreglará por lo diplomático. Se ha visto que la breva no se halla todavía madura, ni mucho menos, para Francia.

Europa volverá el acero á la vaina, limitándose, cuando más, á dar á la acordada policía internacional la forma de ocupación militar, más ó menos temporal, de algunas de las ocho plazas marítimas objeto de la convención; hipótesis razonable y no inadmisible, siempre que hubiera de ser exclusivo cargo de Francia, ó de Francia y de alguna otra nación distinta de España.

Por su parte, Francia se hará cargo de que no ha hecho poco con lo hecho y se replegará á sus tiendas, hasta que el enfermo mismo le depare en va ocasión de dar un segundo golpe, con el beneplácito ya de Alemania, comprado á precio de algún nuevo Egipto por tierras de Asia.

En cuanto á los soldados españoles, carne de cañón, suizos gratuitos de la dúplica, irán, volverán, marcharán otra vez, matarán y se harán matar, suministrando materia entretenida á las crónicas europeas y á los españoles ricos que pudieron redimirse y á los republicanos de aprensión, instrumentos serviles de la monarquía contra el país—según lo disponga nuestro avisado mentor y protector el Foring Office de Londres. ¡Cuánta sangre les queda aún por derramar á los cuitados, como tales soldados y como colonos cercados de fanáticos kabileños, antes de que Francia se haya asentado definitivamente en el Mogreb, haciendo de él una nueva Argelia!

CUENTO

LA REVELACIÓN

Después de almorzar, madame Berta Amelin no estaba dispuesta á volver á la playa, donde encontraría la banal compañía de sus vecinas de hotel, burguesas parisienses, instaladas allí, como allá, por sus maridos, los cuales iban á verlas cada sábado. Se arregló un poco y resolvió dar un gran paseo por los acantilados. Eso la separaría de aquellas damas que preferían estar bajo los quitasoles vigilando á sus niños.

Estaba cierta de encontrar en la ascensión una soledad que deseaba, y marchó reflexionando.

Llevaba en la mano una carta que había recibido aquella misma mañana. Era de un amigo de su esposo, y en ella anunciaba su llegada aquella misma tarde, expresando su deseo imperioso de verla. Aquel hombre la cortejaba, desde hacía gran tiempo, pues Berta había hecho un matrimonio de conveniencia del que resultó un hijo. No había tomado ningún amante, no por virtud, sino por indiferencia. Esa perezosa y tímida, y el hombre que la solicitaba era agradable, pero nada más.

Ella pensaba: «Puedo decirle que sí. No hay en eso ningún mal. Ese muchacho es bueno y se alegrará. Lo arriesga todo y viene expresamente á decirme. ¡Qué tanto! Yo no podré rehusar con energía, porque en el fondo, no tengo motivos. Pero tampoco los tengo para aceptar. Claro es que si digo esto me tomará por una necia. Pero ¿dónde nos llevará esto? No soy desgraciada, mi marido es amable y me deja en paz. ¡Qué enojoso es estar en presencia de una decisión importante, en un sentido ó en otro.»

Llegó á las crestas de unas rocas. A su izquierda descubrió una vasta planicie de trigo; á la derecha el mar se extendía bajo rayos cambiantes de luz. Estaba sola. Percibió allí en la playa, muchos quitasoles alineados. Puntos blancos y negros iban y venían, agitaban los bañeros y se extendía un ligero rumor. Berta vió el casino, de un vano estilo árabe, tan pequeño como una caja de bombones. Suspiró y dijo:

X